

30. Adelaida en la cárcel de Santa Pelagia

Detenida el 19 de enero de 1801, Adélaïde fue llevada a la prisión de Santa Pélagie. Su piso fue registrado de nuevo y se incautaron de todos sus documentos. En ese momento, la labor de las fundaciones religiosas parecía estar comprometida. Se conocía la relación entre Limoëlan y Clorivière, así como el vínculo entre los dos fundadores. Así, la policía podía esperar capturar por fin al sacerdote refractario que les había eludido durante tanto tiempo.

Mientras espera el juicio, Adelaida pasa más de dos meses entre antiguos tejedores, prostitutas y delincuentes. Pero allí, como en cualquier otro lugar, la prisionera se hace cercana a todos ellos.

Porque en la sala común, se produce el asombro ante esta ciudadana, tan diferente a los demás. Su actitud tranquiliza y atrae al mismo tiempo que impone respeto. Poco a poco, la vamos conociendo mejor. En ciertos momentos, la joven se abstrae como si estuviera hablando con alguien: reza. Entonces, sus compañeras respetan su silencio. Otras veces, por el contrario, Adelaida acude a ellas. Les cuenta historias (tomadas, al parecer, de las Parábolas del Padre Buenaventura Giraudeau, ¡entonces muy famosas!)

Poco a poco, las conversaciones picantes y los cánticos obscenos van disminuyendo. La sala está ahora cantando himnos. Adelaida también escucha a sus compañeros, y algunos de los prisioneros encuentran el camino de vuelta a Dios, que la miseria de la vida les había hecho perder. Pues su interlocutora las ve como hermanas infelices. No juzga, quiere comprenderlas. Ella comparte con ellas. Todo lo que tiene. Sean sus vestidos, sus zapatos, su ropa blanca lo que Mademoiselle les pedía que aceptaran...", escribe Mons. Baunard en su biografía de Adélaïde de Cicé, hablando de una prisionera particularmente indigente. Cuando Adelaida les dejó para ser juzgada, sus compañeras le hicieron prometer que volvería con ellas si era absuelta. Cumplió su promesa y obtuvo un derecho de visita no oficial.



Adelaida, encarcelada en Santa Pelagia, comparte el destino de los presos comunes. Permanece fiel a su oración mientras se interesa por sus compañeras de prisión a las que da esperanza. ¿Como HCM somos mujeres de esperanza en nuestras propias vidas?